

En tanto Evangelina, que escuchaba
lo que su padre con Basilio hablaba,
con su mano en las manos de su amante,
que ella le abandonara cariñosa
al oír la noticia, palpitante
quedóse en la ventana y ruborosa.

Y al pronto se escuchó tras de la puerta,
que por intento se quedara abierta,
rumor acompasado, y conduciendo
el tintero y papel que eran del caso,
entró, cual de costumbre, sonriendo
René Leblanc con mesurado paso.

III

Era René Leblanc alto en extremo,
por los años doblado, como un remo
que asaz luchara con la mar bravia,
y el cabello amarillo, cuando las flojas
hebras que suaves y sedosas cria
del maíz la mazorca entre sus hojas.

Era su frente altiva y despejada
por las arrugas de la edad surcada,
y escaso de la vista usaba anteojos
sobre tosco carey mal engarzados,
á través de los cuales sus dos ojos
miraban con viveza, apasionados.

De veinte niños padre había sido
y tal del buen Leblanc hubo crecido
la prole numerosa, que contaba

cien nietos que amoroso divertía
con el tic tac que acompasado daba
el reloj que en la oreja les ponía.

Cuatro años en los tiempos de la guerra,
por ser amigo leal de la Inglaterra,
en un castillo de la Francia estuvo,
como un monje en cerrado Monasterio,
donde el odio enemigo lo mantuvo
en duro y espantoso cautiverio.

Después menos guerrero y belicoso
sin dolo y sin astucia, y mas dichoso,
adquirió la experiencia con los años,
tuvo por todos paternal cariño,
olvidó sus pasados desengaños
y tornóse sencillo como un niño.

A pesar de que fué cual nadie amado
fué siempre por los niños adorado,
porque del Lobo astuto les contaba
las hazañas del bosque, seriamente,
y del duende nocturno que llegaba
á bañar los caballos á la fuente.

A veces por las noches les decía
que la blanca Letichia aparecía,
porque era alma de un niño, condenada
á cruzar sin ser vista y silenciosa
de los niños como ella, la morada,
en medio de una sombra tenebrosa.

Les contaba también que en Noche Buena,
al concluir en las tardes la faena,
hablaba el manso buey en el establo;
y que la araña que encerrada estuvo
en cáscara de nuez, de órden del diablo
curó la fiebre y la salud mantuvo.

Y al fin les refería bondadoso
el inmenso poder maravilloso
de los ajos que tienen cuatro dientes,
de la herradura que encontrada sea,
y todas las consejas que las gentes
creyeron siempre en la sencilla aldea.

Al sentarse Leblanc, el pobre herrero
sacudiendo su pipa en el brasero
y extendiendo la mano, así le dijo:

“¿Tú, que has oído lo que el vulgo inventa,
 ,no podrás, buen Leblac, darnos de fijo
 “de aquella escuadra y de su objeto cuenta?”

“En verdad he escuchado en ocasiones
 “las variadas y múltiples versiones,
 “contestóle el notario, mas por esto
 “no estoy yo más ó menos informado.
 “Cuál será su destino manifiesto?
 “lo sé tan bién como el que lo ha ignorado.

“Sin embargo, no soy de los que inspiran
 “á las gentes temor, ni los que miran
 “una mala intención en su llegada.
 “No hemos estado en paz con la Inglaterra?
 “¿Pues entonces, por qué su grande armada
 “ha de venir á declararnos guerra?”

—“¡Nombre de Dios!—el impaciente herre-
 algún tanto irascible y pendenciero, (ro
 exclamó bruscamente al levantarse.—
 “¿Por qué ya en todo, y por ejemplo tomo
 “esta misma cuestión, ha de buscarse
 “siempre el por qué, la consecuencia, el cómo?”

“Diariamente en el mundo puede verse
 “do quiera una injusticia cometerse,
 “y es de todos los hombres bien sabido
 “que para el débil el derecho es nada,
 “aunque lo haya en las luchas defendido;
 “porque es del fuerte la razón, la espada.

—“El hombre injusto es, mas Dios es justo,
 dijo el notario, con semblante adusto;—
 “pero al fin, el que triunfe es el derecho;
 “yo recuerdo á propósito una historia
 “que algo en la cárcel consoló mi pecho
 “y que conservo fiel en la memoria.”

Era esta historia el cuento que él gustaba
 repetir en la aldea, cuando hablaba
 con todos sus vecinos, que decían
 que ellos do quiera y de diversos modos
 interminables males resentían,
 todos profundos, pero injustos todos.

—“En antigua ciudad, de cuyo nombre
 ‘no he podido acordarme (no os asombre
 “que este leve detalle no recuerde,

“que después de una vida prolongada
 “siempre los nombres la memoria pierde)
 “se hallaba una columna levantada

“En una plaza pública espaciosa,
 sobre la cual de la Justicia, hermosa
 estatua en bronce se elevó suprema;
 “llevaba una balanza en una mano
 “y una espada en la otra, como emblema
 “de que es aquella diosa el soberano

“Que sobre el mundo con rigor preside
 “y siempre al hombre en su balanza mide.
 “A menudo los pájaros solían
 “en la balanza fabricar sus nidos,
 “y entonces los fulgores no temían
 “de la espada, sobre ellos desprendidos;

“Pero al fin corrompidas por la guerra
 “fueron todas las leyes de la tierra:
 “ante la fuerza se abatió el derecho,
 “fueron todos los débiles honrados
 “hundidos siempre en calabozo estrecho
 “y con mano de hierro gobernados;

“Entonces sucedió, que en un palacio
 “de un hombre noble, á la virtud reacio
 “bello collar de perlas se perdiera,
 “y que grave sospecha, aunque infundada,
 “sobre una pobre huérfana cayera,
 “que en la casa servía como criada.

“Por este solo y suspicaz indicio,
 “fué sometida la infeliz á juicio,
 “y en él fué condenada injustamente
 “a recibir en la horca, muerte odiosa;
 “ella al morir se encomenló ferviente
 “á los piés de la estatua de la Diosa.

“Pero al subir su espíritu hasta el cielo,
 “sobre aquella ciudad, sobre aquel suelo
 “cayó una tempestad como venganza;
 “hirió un rayo á la estatua enfurecida,
 “y de su mano izquierda, la balanza
 “se desprendió con rápida caída.

“En la parte interior de los platillos,
 “y con la paja atada á los anillos,
 “se vió un nido de urraca, y enlazado

“hábilmente y de artística manera,
 “se halló el collar de perlas extraviado
 “por el cual á morir la niña fuera.”

Al terminar la historia, silencioso,
 aunque no convencido y receloso,
 el herrero quedó, como aturdido,
 sin encontrar razón en qué apoyarse,
 como aquel que de pronto confundido
 la palabra no halló para expresarse,

Todos sus pensamientos meditados
 quedaron en su frente retratados,
 como aquellos vapores que revelan
 que llegaron de invierno las mañanas,
 y que en formas fantásticas se hielan
 en el marco exterior de las ventanas.

Evangelina entonces con presteza
 la lámpara encendió, y con cerveza
 que ella misma en la casa preparaba
 y que ya era en Grand-Pré harto famosa,
 porque ahí solo tan fuerte se tomaba,
 llenó todas las jarras afanosa.

En tanto, de sus bolsas el notario
 sacaba, para el acto necesario,
 su papel y tintero, y escribía
 de los novios los nombres, las edades,
 y el dote que la novia recibía
 en vacas, en carneros y heredades.

Muy en breve las cosas terminaron,
 y con la mano trémula, firmaron
 los dos novios el acta, y presuroso
 puso el notario de la ley el sello,
 que semejava un sol esplendoroso
 irradiando con fúlgido destello.

Entonces Benedicto, de un bolsillo
 trabajado con cuero, asaz sencillo,
 fué sacando la plata, que formaba
 el sueldo ó recompensa que al notario,
 después de sus labores, se le daba
 casi en todas las bodas de ordinario.

En seguida, de pié junto al brasero,
 René Leblanc, en el decir sincero,
 brindó por los dos novios, apurando

su jarra de cerveza alegremente,
y luego, á sus amigos saludando,
hácia su hogar volvióse lentamente.

Después, aunque contentos y dichosos,
mudos junto á la lumbre y silenciosos
los viejos se quedaron, en espera
de comenzar el juego preferido,
cuando la buena Evangelina hubiera
dádoles el tablero apetecido.

Y en aquella contienda del tablero,
el viejo Benedicto y el herrero
largo tiempo pasaron, alabando
ya una mala ó magnífica jugada
que las filas del rey iba diezmado,
ya riendo ante una pieza coronada.

Y en tanto en la ventana reclinados
Gabriel y Evangelina, enamorados
hablaban de sus cándidos amores,
ya mirando la luna que en Oriente,
coronada de pálidos fulgores,
se alzaba sobre el mar resplandeciente,

Ya las plateadas nieblas que flotaban
y en formas caprichosas se agrupaban,
ya las blancas estrellas, que parecen
flores de *no-me-olvides*, que en el cielo
llenas de aromas en las noches crecen
y los ángeles riegan en su vuelo.

Pero pronto del alto campanario,
alzado de la aldea en el santuario,
se oyó sonar la queda, y presurosos
dejaron los dos viejos el tablero,
y después de saludos carifiosos,
alejóse Gabriel con el herrero.

Las últimas palabras, los adioses
que pronunciaron las vibrantes voces
de aquellos artesanos, resonaron
del hogar bajo el techo, y en el alma
de Evangelina al resonar, dejaron
contento y paz, resignación y calma.

Entonces, continuando la costumbre,
fué cubierto el rescoldo de la lumbre
que débilmente en el hogar ardía,

y oyóse en los peldaños de madera,
el ruido del anciano que subía
con mesurados pasos la escalera.

Y pronto la subida iluminando,
aun más que con la luz que iba llevando,
con el dulce reflejo que irradiaba
su cara juvenil y peregrina,
hasta su cuarto, que entreabierto estaba,
subió la encantadora Evangelina.

Sencillo era su cuarto, como un nido,
y sus adornos solo habían sido
las hermosas cortinas y un armario,
do las telas guardaba con esmero
que ella misma tejiera de ordinario,
ya con lino ó con lana de carnero.

Esas eran la dote que llevaba
al hogar que su esposo preparaba,
dote más estimada que el ganado
y ovejas que su amante le ofrecía,
porque ellos demostraban, que á su lado
una mujer de casa llevaría.

Pronto su lámpara apagó, que Diana,
á través de la rústica ventana,
la alcoba iluminaba esplendorosa,
en aquel corazón virtuoso y sano
ejerciendo la influencia poderosa
que ejerce en las mareas del Oceano.

¡Y cuán hermosa entonces, cuán esbelta
se la hubiera mirado, con la suelta
cabellera que en bucles descendía,
y el pié desnudo de sin par blancura
que ni á besar la luna se atrevía,
temerosa de ajar tanta hermosura!!

Después, entre los árboles del huerto
creyó mirar á su Gabriel, cubierto
por las hojas tupidas del ramaje,
que inquieto y receloso la esperaba,
acechando impaciente entre el follaje
su sombra que la luna proyectaba.

Aunque él era su solo pensamiento,
un triste y pesaroso sentimiento
pasaba á veces sobre su alma amante,

cual los grupos de nubes que cubrían
de aquella luna el resplandor brillante
y á intervalos su alcoba oscurecían;

Mas al ir á asomarse á su ventana,
miró pasar la cazadora Diana
de una nube á través, y luminosa
seguir sus pasos solitaria estrella,
cual siguiera Ismael de Agar hermosa,
tras la tienda de Abraham, la humilde huella.

IV

Explendoroso en el siguiente día,
dorando el aire azul de la bahía
donde los buques de Inglaterra anclados
luchaban con el viento y la marea,
el sol se levantó tras los collados
que circundaban la risueña aldea.

Larga noche la aldea sumergida
estuvo en el reposo, mas la vida
de aquellos afanosos labradores
y el trabajo que alegre se despierta,
llamaban con sus himnos y clamores
de la mañana á la dorada puerta.

De las tierras vecinas, de los huertos
por el rocío matinal cubiertos,
y de los pueblos á la mar cercanos,